

El texto latino de las cartas de S. Pablo

El interés que en España han despertado los estudios sobre las traducciones latinas de la Biblia, se explica fácilmente por la extraordinaria atención que nuestros centros culturales de la antigüedad prestaron al texto sagrado, y por la consiguiente importancia que adquiere este para la historia de la cultura española. Debido a este interés por conocer las vicisitudes de los textos bíblicos españoles, han encontrado un eco verdaderamente excepcional entre nosotros las investigaciones de crítica textual bíblica del ilustre segoviano Don Teófilo Ayuso (1906-1962).

Menos conocidas en España, pero menos importantes para este tema son las investigaciones de la abadía benedictina de Beuron (Alemania), que en su monumental obra *Vetus Latina, Die Reste der atlateinischen Bibel*, publicada a partir de 1949 por la editorial Herder de Friburgo, va recogiendo, ordenando y caracterizando todas las venerables reliquias, fragmentarias y dispersas, del texto bíblico latino. Los métodos y las conclusiones de la abadía de Beuron y sus colaboradores difieren a menudo de las conclusiones y métodos de Ayuso y su escuela, y por eso hemos juzgado conveniente darlos a conocer a los lectores de esta revista, tomando pie de un reciente estudio histórico sobre el texto latino de S. Pablo que ha publicado uno de los más activos investigadores de la escuela de Beuron, el Dr. Hermann Josef Frede¹.

Para el texto latino de S. Pablo, lo mismo que para la Biblia latina entera, se ha convenido entre los escrituristas en establecer una división general en dos versiones fundamentales: la primera es la versión latina de la Biblia, que usamos ordinariamente, llamada por eso versión Vulgata, o corriente; la segunda, la versión llamada *Vetus Latina*, o *Latina Antigua*, por haberse constituido y usado con anterioridad a la Vulgata. Pero esta división de las versiones latinas en Vulgata y Antigua caracteriza muy imperfectamente los textos bíblicos latinos por dos razones: en primer lugar, porque la versión Antigua no representa en realidad un texto único, sino que es un nombre colectivo que designa toda una variedad de textos latinos de la Biblia que existieron antes que la Vulgata. Y en segundo lugar, porque la división en Vulgata y Antigua tiene sentidos muy distintos según los distintos libros de la Biblia.

¹ H. J. FREDE, *Pelagius, der irische Paulustext, Sedulius Scottus (Vetus Latina, Aus der Geschichte der lateinischen Bibel, Heft 3)* Freiburg, 1961.

Para precisar los distintos sentidos de esa división que más interesan a nuestro tema, consideremos los tres conjuntos mayores que se formarían con los libros sagrados, atendiendo a su texto latino. El primero de esos tres conjuntos puede quedar constituido por los libros del Antiguo Testamento que se han transmitido en lengua hebrea. S. Jerónimo, deseando dar un texto latino más exacto que el que hasta entonces se usaba en la Iglesia, tradujo directamente del hebreo todos esos libros, y su traducción quedó incorporada en la Biblia latina que llamamos Vulgata. En cambio, el texto latino, bastante variable, que se usaba para esos mismos libros con anterioridad a S. Jerónimo, no había sido traducido directamente del hebreo, sino de la traducción griega de los Setenta. Así tenemos que la división de estos textos en versión Vulgata y versión Antigua no representa sólo traducciones distintas, sino además orígenes distintos (hebreo y griego) para cada versión.

El segundo conjunto está formado por los evangelios. Como su lengua original era ya el griego, no creyó necesario S. Jerónimo hacer una traducción enteramente nueva; pero en su deseo de perfeccionar la traducción latina usada hasta entonces, hizo una revisión de ella. Esta revisión de los evangelios pasó también a formar parte de la versión Vulgata, y los textos evangélicos anteriores a ella quedaron en la Antigua. De esa manera la división en Vulgata y Antigua, al aplicarse a los evangelios, toma un sentido nuevo, pues ya no se trata de dos traducciones distintas, sino de una traducción primitiva y una mera revisión de ella.

El tercer conjunto, que constituye precisamente el tema de estas páginas, está formado por las cartas de S. Pablo. La división de sus textos latinos en las dos clases indicadas representa de nuevo, no dos traducciones distintas, sino una traducción primitiva (versión Antigua) y una revisión de ella (Vulgata). Pero con una diferencia respecto de los evangelios: que el autor de la revisión no fue S. Jerónimo, sino un contemporáneo suyo, cuya personalidad aún no ha podido determinarse.

Por esta variedad de sentidos, que se esconde bajo la división de las versiones latinas en Antigua y Vulgata, no debemos pensar que la tarea de distinguir los textos que pertenecen a la una o a la otra, puede realizarse en todos los libros sagrados de igual manera. En realidad cada libro plantea un problema particular y exige una solución particular. Sólo por la necesidad manifiesta de prescindir de las particularidades, aun de las más notables (por ejemplo, las del libro de los Salmos), exponemos sólo los problemas y soluciones comunes a varios libros.

En los libros del primer conjunto tenemos a mano un importante punto de apoyo en las biblias de que procede cada una de las versiones latinas: la biblia hebrea y la griega de los Setenta. Ellas pueden descubrir en muchas ocasiones a cuál de las dos versiones latinas pertenece una variante. En el segundo conjunto, aunque la diferencia entre la versión Vulgata y la Antigua no sea ya tan profunda, todavía, para distinguir muchas de sus variantes, existe un punto de apoyo en las obras de S. Jerónimo, que nos dan su manera de ver los evangelios y con ella las ideas que hubieron de influir en su revisión. En cambio en el tercer conjunto, precisamente el de nuestro tema, perdemos esos puntos de apoyo especiales, y la separación de las versiones Vulgata y Antigua nos plantea de lleno el problema general de descubrir y distinguir entre sí dos tipos cualesquiera de Biblia latina. Consiguientemente la solución

ha de servir no sólo para separar las versiones Vulgata y Antigua, sino también para separar entre sí los distintos tipos textuales a que hemos dado el nombre colectivo de versión latina Antigua.

Para esta tarea hay que poner a contribución las incontables citas bíblicas de los Santos Padres. 14.000 de ellas, en que aducen pasajes únicamente de la carta a los Efesios, ha recogido Frede para su edición de esta carta. De esa manera las citas de S. Cipriano nos darán el tipo textual de la versión Antigua que se usaba en Africa a mediados del siglo III; y las de S. Ambrosio, el tipo textual de la misma versión que se usaba en Italia a fines del siglo IV. Comparando los dos textos latinos logrados por ese procedimiento podremos saber si constituyen un solo tipo textual o dos distintos. Y extendiendo este procedimiento a todos los Padres latinos, llegaremos a determinar cuáles son los tipos textuales más caracterizados.

Naturalmente en los manuscritos de la Biblia latina es donde encontraremos los textos bíblicos en su forma más completa. Pero para poderlos utilizar necesitamos resolver previamente un problema nada sencillo. No existe ningún manuscrito que contenga un tipo textual en estado puro. Cada amanuense que emprendía la transcripción de la Biblia, se creía obligado a retocar los pasajes que le parecían más discutibles en el modelo latino que copiaba; y para ello podía comparar el modelo latino con un manuscrito griego, si tal facultad estaba en su mano; o, más sencillamente, podía comparar el modelo con otras biblias latinas. Esas incontables revisiones de detalle mezclaron de tal manera las variantes de los distintos tipos de texto, que todos los manuscritos llegados hasta nosotros entreveran en mayor o menor proporción lecturas de todos los tipos del texto latino.

Por tanto, si queremos saber qué tipo textual constituye la base de un manuscrito bíblico, no podemos seguir el procedimiento normal de la crítica de textos, pues es inútil buscar unas pocas variantes bien determinadas, que sean representativas indiscutibles de cada tipo textual. En un manuscrito bíblico correspondiente a un tipo latino determinado, las variantes más notables de ese tipo textual pueden haber sido sustituidas por otras de otros tipos, y a su vez esas mismas variantes pueden aparecer en manuscritos de tipos textuales muy distintos.

En vista de ello ha propuesto B. Fischer² un criterio meramente estadístico para la atribución de los manuscritos bíblicos a los distintos tipos de texto. Pertenecerá a determinado tipo textual de las versiones latinas el manuscrito en que haya prevalencia numérica de lecturas pertenecientes a ese tipo textual. Esa atribución del manuscrito a un tipo determinado indica que la base textual primitiva, en la cual fueron irrumpiendo a través de una larga tradición manuscrita variantes de todos los tipos textuales, pertenecía precisamente al tipo señalado.

De esta manera podremos servirnos de los inconstantes manuscritos de la Biblia latina como de jalones históricos para seguir en cada región del mundo latino la evolución de cada tipo textual bíblico, y conocer mediante los manuscritos de determinada base textual la difusión del tipo textual correspondiente;

² B. FISCHER, *Vetus Latina*, Bd. 2. *Genesis* (Freiburg, 1951) 15*.

y mediante las lecturas de los otros tipos, introducidas en esos mismos manuscritos, la penetración de un tipo más reciente o la pervivencia de los más antiguos.

Al investigador de los manuscritos bíblicos le exige este método estadístico una laboriosa catalogación de todas las variantes de la Biblia latina. Así para su estudio sobre la carta a los Efesios en el manuscrito D, cataloga Frede³ 265 variantes respecto de otros 44 manuscritos y de los Padres latinos más representativos. Mediante ese catálogo puede ya señalar en la forma estadística de un porcentaje hacia qué tipo textual se inclina prevalentemente el manuscrito D⁴, y sólo a la vista de tal porcentaje se considera capacitado para responder si el texto paulino de ese manuscrito pertenece a la versión Vulgata o a la Antigua, y dentro de esta a qué tipo particular corresponde.

Toda esta larga búsqueda que queda expuesta, y que ha sido llevada pacientemente por Frede a través de las citas paulinas de los Padres latinos y a través de los manuscritos del mismo texto de S. Pablo, ha tenido como fin establecer los presupuestos históricos y críticos que le han de guiar al editar las cartas de S. Pablo en su versión latina Antigua. Entre esos presupuestos se encuentran interesantes concepciones sobre la historia de los textos paulinos españoles, que posiblemente habrán de hacerse extensivas al texto completo de las biblias españolas.

España y las regiones atlánticas de Francia siguen una línea de evolución muy semejante. Como corresponde al extremo más occidental del mundo latino, las innovaciones textuales entran en ambas regiones más lentamente; y cuando se imponen, se mezclan más con lecturas de estadios anteriores. Así el tipo más primitivo de la versión Antigua, atestiguado ya por S. Cipriano y por ello llamado por Frede cartaginés, permanece en el extremo occidental latino durante más tiempo que en Italia. Para entonces domina ya en Italia otro tipo textual, llamado italiano por su particular difusión en esa región. Este tipo textual italiano tendrá también un momento de dominio en España y las regiones atlánticas de Francia; pero habrá de ceder mucho lugar en sus páginas a variantes del tipo cartaginés, con las cuales el texto italiano acabará mezclándose. Y cuando los textos paulinos de la versión Vulgata entren en los ambientes españoles y franceses occidentales, no lograrán la aceptación sin haber acogido antes en sus líneas muchas lecturas de los dos tipos precedentes de la versión Antigua. Ello dará a los textos paulinos de ambas regiones una fisonomía inconfundible, que los distinguirá de todos los otros.

Que en el texto de las biblias anglo-irlandesas ocurra algo muy semejante, nada tiene de particular por estar también él avecindado en el extremo occidental del mundo latino. Los dos mejores representantes de la versión latina Antigua de S. Pablo, tal como se leía en el mundo anglo-irlandés, son la biblia llamada *Book of Armagh* (el códice D a que ya nos hemos referido), y el comentario de Sedulio Escoto titulado *Collectaneum in Apostolum*. A pesar de las muchas lecturas de la versión Vulgata que se han introducido en ambos, es todavía tanta la semejanza de sus textos con los de las biblias españolas de versión Antigua, que se ha llegado a pensar en una dependencia. Sin embargo,

³ FREDE, o. c. 63-73.

⁴ FREDE, o. c. 74.

en atención a las frecuentes idas de los monjes anglo-irlandeses a Francia juzga Frede que el texto anglo-irlandés de la versión Antigua ha debido de tener su origen en las biblias usadas hacia la primera mitad del siglo V en el occidente de Francia.

Pero el interés de Frede se ha dirigido ante todo hacia un problema más central: el paso de la versión Antigua a la Vulgata. La especial dificultad que presenta ese problema hace comprensible el que las soluciones propuestas hasta ahora se contradigan mutuamente. Sin embargo, desde los estudios de De Bruyne⁵ todas están concordes por lo menos en esto: que una de las claves para descifrar el enigma está en el texto paulino usado por el célebre herejarca Pelagio.

El minucioso método crítico de la escuela de Beuron ha exigido una detenida comparación entre los distintos manuscritos del comentario de Pelagio a S. Pablo, para poder llegar, en la búsqueda de esa clave, a los resultados que vamos a exponer. El comentario de Pelagio no se libró de la conocida tendencia de los amanuenses a enmendar los textos bíblicos. Los textos paulinos que Pelagio iba anteponiendo a su comentario, fueron corregidos una y otra vez a lo largo de la tradición manuscrita y acomodados sea a la versión Antigua, sea a la Vulgata, según las preferencias de cada amanuense en cada pasaje. Pero en el original mismo de Pelagio los textos paulinos que iban precediendo a cada fragmento del comentario, pertenecían a la Vulgata. Sin embargo, no era esta una versión Vulgata pura, antes estaba ya contaminada con lecturas de la versión Antigua. Como la versión Vulgata de las cartas de S. Pablo hubo de tener su origen en torno al año 380, hay que suponer una regresión muy temprana hacia la versión Antigua, para que los textos bíblicos de un comentario como el de Pelagio, escrito hacia el 406, aparezcan ya contaminados con lecturas de esa versión.

Claro está que la regresión a la versión Antigua sería menos creíble si hubiera de suponerse exclusivamente en Pelagio. Pero Frede ha hecho notar que en realidad es un hecho muy general en toda aquella época. En muchos manuscritos de la versión Vulgata procedentes de Italia y en muchos escritores eclesiásticos relacionados con el ambiente italiano se descubre el mismo hecho que en los textos bíblicos de Pelagio: en todos ellos se dejan ver acá y allá lecturas del tipo especial de versión Antigua que hemos designado arriba con el nombre de tipo italiano.

Este hecho había sido advertido ya hace tiempo; pero se le había dado una interpretación muy distinta. De Bruyne, en el artículo antes citado, le interpretaba como una prueba de que el paso de la versión Antigua a la Vulgata se había realizado de una manera gradual. El primer paso le habría dado el mismo Pelagio con el texto paulino de su comentario; posteriormente un discípulo de Pelagio habría dado otro paso hacia adelante con un texto del que procedería el del llamado *Book of Armagh* o códice D (que Frede según lo arriba expuesto atribuye razonadamente a la versión Antigua); más tarde un autor desconocido habría dado un paso más con el texto que nos ha sido conservado en el conjunto de manuscritos bíblicos usados por White para su

⁵ D. DE BRUYNE, O. S. B., *Études sur les origines de notre texte de saint Paul*: Revue Biblique 12 (1915) 358-392.

edición crítica de las cartas de S. Pablo en versión Vulgata; finalmente, el cuarto o quinto paso habría sido dado por Casiodoro con el texto del códice *Amiatino*.

Frede no admite ese paso gradual de la versión Antigua a la Vulgata, entre otras razones porque la Vulgata manifiesta una preferencia tan resuelta por los manuscritos griegos de texto «no occidental» que supone una mente única y un único autor. La razón es indudablemente de peso, pues difícilmente puede ocurrir que una cadena de revisores del texto bíblico, coincida tan unánimemente en sus tendencias, que la coincidencia llegue aun a los tipos textuales griegos; y sería todavía más extraña coincidencia el que al mismo tiempo cada nuevo revisor creyera que debía ceder a la tendencia común en mayor grado que sus predecesores. Por ello Frede prefiere suponer que la versión latina Vulgata se realizó de una sola vez, y que las lecturas de la versión Antigua presentes en ciertos códices bíblicos o citas de Santos Padres, tributarios todos de la versión Vulgata, son el resultado de una regresión: tanto Pelagio como los amanuenses bíblicos y los autores eclesiásticos relacionados con Italia han tomado como base la versión Vulgata ya constituida, pero la han corregido una y otra vez con lecturas de la versión Antigua que juzgaban preferibles.

Si las concepciones de Beuron acerca del texto bíblico español no coinciden siempre con las de la escuela de Ayuso ⁶, han sido, en cambio, las concepciones que acabamos de exponer sobre el paso de la versión Antigua a la Vulgata, las que no han sido compartidas por ciertos autores extranjeros, desconfiados ciertamente de las construcciones optimistas de De Bruyne, pero convencidos todavía de que el paso de una versión a otra hubo de ser gradual ⁷. Tal es el punto en que hoy se encuentra la discusión sobre el texto latino de S. Pablo. Hasta llegar a ese punto, la historia del texto bíblico latino ha tenido que realizar grandes avances. Muchos de ellos los ha realizado en tiempos recientes, conducida por los colaboradores de Beuron, cuyas investigaciones han puesto la base para los avances logrados en la obra que nos ha servido de punto de partida.

FÉLIX RODRÍGUEZ, S. I.

⁶ Dos exposiciones de conjunto sobre el tema con distintos puntos de vista españoles pueden verse en T. AYUSO MARAZUELA, *El problema de la primitiva Biblia de España*: Arbor 16 (1950) 426-432 y J. CANTERA, *Origen, familias y fuentes de la Vetus Latina*: Sefarad, 22 (1962) 296-311.

⁷ Véanse la recensión de J. GRIBOMONT en *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 57 (1962) 542-545 y el artículo de K. T. SCHÄFER, *Pelagius und die Vulgata*: *New Testament Studies* 9 (1962-1963) 361-366.